

LA DEPRESIÓN DEL LÍDER

Si has seguido esta serie desde su primer capítulo podrías pensar que Moisés a estas alturas de su vida ha madurado lo suficiente en su relación personal con Dios al punto de no estar expuesto, por ejemplo, a la depresión; pero esta lección nos recordará que hasta los creyentes más piadosos pueden padecerla.

La depresión de muchos héroes de la fe

En la Biblia hay pruebas de depresión en al menos varios héroes de la fe, Job por ejemplo, al tener que soportar tremendo sufrimiento físico y emocional deseó morir. El autor del Salmo 42 y 43 luchaba con la depresión pues se sintió abandonado por Dios, Jeremías no fue un profeta popular, todo su ministerio fue marcado por el rechazo general del rey y de su pueblo al punto que deseó no haber nacido nunca (Je 15:10 y 20:14-18). Jonás le pidió al Señor que lo matara una vez que Éste perdonó a la ciudad de Nínive. También pasó algo similar con Juan el Bautista cuando estaba encarcelado desilusionado con Jesús. Elías debió huir de Jezabel quién lo buscó para matarlo por la muerte de los profetas de Baal y estando escondido de su perseguidora le pidió a Dios que le quitara la vida (1 Re 19:4). En la mayoría de estas experiencias y las de otros grandes hombres de la iglesia como Lutero o Spurgeon es posible que encontremos patrones similares a los que llevaron a Moisés al estado de una profunda depresión.

El trasfondo Números 9 al 11

Todo líder espiritual debe saber que en su ministerio lidiará con personas quejosas. Cuando esas quejas presionan cotidianamente, es posible que desenfocuen la mirada del líder sobre la guía sabia y segura del Señor. Esta fue la experiencia de Moisés en aquella ocasión.

Al completarse el tabernáculo la gloria del Señor descendió sobre él y su presencia se hizo manifiesta en la nube que los guió por el desierto. Recién en el segundo año de la salida de Egipto, la nube partió hacia la Tierra Prometida ¡Qué emoción, por fin se haría realidad la promesa! Moisés había visto cómo el pueblo estuvo dispuesto a dar de todo bien material para la construcción del Tabernáculo del Señor, quizá pensó que la lección del becerro de oro y sus consecuencias erradicarían el temor a la adversidad y la queja ante las dificultades...pero estaba equivocado. En Números 11 el pueblo comenzó nuevamente a quejarse, el Señor oyó aquella queja y se encendió su ira quemando parte del campamento.

El milagro no produce fe

¿En qué se equivocó Moisés? En asumir que el pueblo había comprendido que a pesar de las pruebas y dificultades, Dios se haría presente sosteniéndolos y concediendo su gracia para que pudieran atravesarlas tomados de su mano y su poder. En cambio, el pueblo se disgustó porque creyó que el camino a Canaán sería un trayecto cómodo, sin percances ni enemigos ni carencias materiales. En nuestros días las congregaciones se dividen claramente entre aquellas donde a los fieles se les promete que, a cambio de asistencia y buenas ofrendas, todos serán bendecidos con prosperidad y salud; por otro lado, están aquellas que reciben sana doctrina que incluye el conocimiento acerca del camino que debe transitar el creyente, muchas veces asociado a dificultades, pruebas físicas y emocionales. La carta de Santiago fue escrita con el propósito de advertirnos que es justamente el fuego de la prueba el que logra cultivar el fruto espiritual en los hermanos de la congregación (Stg 1:2-5), algo similar enseñó Pablo en Hechos 14:22.

Dice Hebreos que el propio Señor Jesús fue puesto a prueba para medir su obediencia por medio del sufrimiento (He 5:8).

La base de la queja

Cuando apenas Israel salió de Egipto vio las tremendas dificultades y se quejó a Moisés, entonces Dios obró en gracia supliendo la necesidad (Ex 14-16), ahora ya había pasado tiempo y suficiente para recordar que la presencia del Señor estaría siempre atenta a toda necesidad, la exhortación era a confiar, pero en cambio volvieron a quejarse. El olvido de la grandeza y poder del Señor y la falta de confianza pusieron de manifiesto el pecado central de aquella situación: la incredulidad. La base del pecado en los creyentes siempre comienza cuando dudamos del carácter o de las promesas del Señor.

El décimo mandamiento

Otra causa que produjo la queja entre el pueblo fue una pasión natural que viola el décimo mandamiento: la codicia. Ese sentimiento florece cuando en vez de concentrarnos en aquello que hemos recibido, nos concentramos en aquello que otros tienen y nosotros no. En Egipto había pepinos, melones, puerros, cebollas y ajo; todos eran más apetecibles que el maná y el agua fresca. ¡Preferían la esclavitud y el maltrato en vez de considerar que al llegar a Canaán podrían cultivar sus propias huertas con todo aquello que pretendían recuperar en su antigua morada! Cuando hay malestar siempre aparecen aquellos que refuerzan los malos pensamientos, es posible que fueran los extranjeros entre el pueblo que aprovecharon a reforzar el desagrado y el malestar contra Moisés y el Señor.

Corazones y corazones

¿Qué otro motivo desconoció Moisés en la queja de su pueblo? Aunque todos salieron en un mismo acto de misericordia salvadora, todos vieron el ejército hundirse en el Mar Rojo, todos vieron la columna de fuego y la nube durante cada día, aunque incluso fueron testigos de las muertes en la orgía del culto al becerro, todavía muchos corazones permanecieron endurecidos. No aceptaron la misericordia ofrecida ni se contentaron con haber sido escogidos como parte de una nación santa. Con el correr de los años, su incredulidad se hará tan patente que nunca entrarán en la tierra del reposo prometida. Durante toda la historia de la iglesia hubo apóstatas, personas que profesaron su fe, participaron de la bendición de escuchar la Palabra y ser testigos la obra del Espíritu Santo entre los creyentes de la misma congregación, pero que amaron más su vida mundana, abandonando la fe (ver He 6:4-6).

El quiebre de un líder

Y Moisés se quebró. Oró delante del Señor porque el pueblo estaba haciendo demandas imposibles de cumplir en su fuerza y posibilidad. Su impotencia fue el gatillante de su depresión, le pidió a Dios que le quitara la vida. Todo líder sabe que, si el pueblo está contento y satisfecho, hablará bien de él. Pero cuando cunde la insatisfacción, aunque sea por su propia carnalidad, hará reclamos imposibles de cumplir y el primer “chivo expiatorio” será el líder. Nunca se podrá satisfacer a toda la congregación, el liderazgo desgasta y puede llegar a deprimir si no se está lo suficientemente arraigado en el Señor y en el poder de su fuerza.

Los creyentes debemos examinar nuestra corazón antes de acusar a nuestros líderes espirituales, porque posiblemente nuestra queja esconde una actitud de egoísmo o de comodidad, de orgullo o de

competencia. Si luego de ese examen consideramos que nuestra queja es válida, el camino será buscar juntos en oración la sabiduría para conducirnos en medio del problema y tratar con este de manera bíblica.

Demasiada carga personal

Desde el inicio de su ministerio en la conducción del pueblo Moisés demostró un error muy típico del liderazgo: quiso hacer todo por sí mismo y , en esta ocasión, cavó la fosa de su propia depresión. Dios no le reprendió sino que le mostró el camino: debería buscar una 70 ancianos sobre los que pondría el espíritu de sabiduría que demostraba Moisés y le ayudarían en la tarea. En esa elección se manifestó un don carismático como credencial de autoridad delegada por el Señor, pero su tarea consistió en administrar los recursos y solucionar los problemas cotidianos que fueron apareciendo entre el pueblo desde aquel momento. Es curioso que Josué no tomó con buen agrado el nombramiento de estos nuevos líderes, quizá un excesivo celo por Moisés, pero recibió una demostración de humildad de su padre espiritual. Ese deseo debe ser el de todo líder cristiano, buscar que todos los creyentes maduren y lleguen a cumplir en obediencia un ministerio tanto mejor que el de ellos mismos. Pablo expresó algo similar en su carta a Filipenses 1:18. Las iglesias no son fuertes ni maduras por el número de sus miembros sino por la manifestación del fruto espiritual de cada creyente en su medio de influencia, tanto dentro como fuera de la congregación.

Previene el olvido

Finalmente, un líder puede deprimirse si olvida las promesas del Señor de que Él mismo cumplirá sus propósitos. La iglesia no es edificada por los pastores o los líderes, lo es por el propio Señor Jesucristo y las puerta del Hades no prevalecerán contra ella. Moisés fue el instrumento del Señor, pero quién llevaría al pueblo hacia Canaán era le propio Señor. No había ganado suficiente ni posibilidad de ir al mar a pescar para alimentar toda esa población, pero con un viento poderoso, Dios trajo codornices, carne suficiente para llenar aquellas barrigas codiciosas. La prueba del Señor no se hizo esperar, tuvieron alimento como en Egipto, pero también experimentaron alguna de sus plagas.

Moisés apenas padeció ese tremendo dolor emocional direccionó su mirada al Señor. Es cierto que se quejó, como lo hizo también el profeta Habacuc algunos siglos después, pero ambos tuvieron la humildad de escuchar la respuesta del Señor y confiar en su dirección y cuidado.